

GÓNGORA Y ARGOTE, LUIS DE (1561-1627)

OCTAVAS

I

Octava fúnebre en el sepulcro de la Señora Reina Doña Margarita

En esta que admiráis de piedras graves
labor no egipcia, aunque a la llama imita,
ungüentos privilegian hoy süaves
la muerta humanidad de Margarita,
si de cuantos la pompa de las aves
en su funeral leños solicita
hay quien destile aroma tal, en vano
resistiendo sus troncos al gusano.

II

Al favor que San Ildefonso recibió de Nuestra Señora

Para el certamen poético de las fiestas que el Cardenal Don Bernardo de Sandoval y Rojas hizo en la traslación de Nuestra Señora del Sagrario a la capilla que le fabricó

Era la noche, en vez del manto obscuro
tejido en sombras y en horrores tinto,
crepúsculos mintiendo al aire puro
de un albor ni confuso ni distinto.
Turbada así de tésalo conjuro,
su esplendor corvo la deidad de Cinto
a densa nube fía, que dispensa
luz como nube, y rayos como densa.

Fulgores arrogándose, presiente
nocturno Sol, en carro no dorado,
en trono sí de pluma, que luciente
canoro nicho es, dosel alado,
concentüoso coro diligente
a tanto ministerio destinado;
en hombros, pues, querúbicos, María

viste al aire la púrpura del día.

Al cerro baja, cuyos levantados
muros (alta de España maravilla)
de antigüedad salían coronados
por los campos del aire a recibilla.
En tantos la aclamó plectros dorados
cuantas se oyeron ondas en su orilla,
glorioso el Tajo en ministrar cristales
a impéreas torres ya, no imperiales.

Busca al pastor, que del metal precioso
sacro es cayado su torcido leño,
docto conculcador del venenoso
helvidiano áspid no pequeño.
Hallólo, mas hurtándose al reposo
que los mortales han prescrito al sueño.
El templo entraba, cuando al santo godo
alta le escondió luz el templo todo.

El luminoso horror tan mal perdona,
cuan bien impide su familia breve,
pues con la menos tímida persona
un término de mármol fuera leve;
águila pues al Sol que lo corona,
intrépido Ilefonso rayos bebe,
fieles a una pluma, que ha pasado
con lo que ha escrito de lo que ha volado

Póstrase humilde en el que tanta esfera
majestüoso rosicler le tiende,
y absorto en la de luz región primera,
se libra tremolante, inmóvil pende;
de lo que ilustre luego reverbera
se remonta a lo fúlgido que enciende,
ejecutoriando en la revista
todos los privilegios de la vista.

Desde el sitial la Reina esclarecido
ornamento le viste de un brocado,
cuyos altos no le era concedido
al serafín pisar más levantado.
Invidioso aun antes que vencido,
carbunclo ya en los cielos engastado,
en bordadura pretendió tan bella
poco rubí ser más que mucha estrella.

De las gracias recíprocas la suma
que el don satisficieron soberano,
que celebraron la divina pluma,
otra la califique en otra mano.
Huyendo con su Océano la espuma
el margen restituye menos cano,
que iluminado el templo restituye
extenüada luz que a su luz huye.

¡Oh Virgen siempre, oh siempre gloriosa,
aun de humildes dignada afectos puros!
Fábrica te construye suntüosa
de jaspes varios y de bronces duros
pastor, mas de virtud tan poderosa,
que al tiempo (de obeliscos ya, de muros
devorador sacrílego) se atreve
con la que te erigió piedra más breve.

Augusta es gloria de los Sandovalés,
Argos de nuestra fe tan vigilante,
que ciento ilustran ojos celestiales
aun la que arrastra púrpura flamante.
De los que estolas ciñen inmortales
crezca glorioso el escuadrón ovante
quien devoto consagra hoy a tu bulto
tan digno trono cuan debido culto.

III

*Tomando ocasión de la muerte del Conde de Villamediana, se burla del Doctor Collado,
médico amigo suyo*

Mataron al señor Villamediana.
Dúdase con cuál arma fuese muerto:
quién dice que fue media partesana;
quién alfanje, de puro corvo tuerto;
quién el golpe atribuye a Durindana,
y en lo horrible tuviéralo por cierto,
a no haber un alcalde averiguado
que le dieron con un doctor Collado.

IV

De San Francisco de Borja

Para el certamen poético de las fiestas de su beatificación, en el cual dieron por jeroglífico la garza, que previniendo las tormentas grazna al romper el día.

Ciudad gloriosa, cuyo excelso muro
fábrica fue sin duda, la una parte
de la lira de Apolo, si del duro
concento la otra del clarín de Marte;
cuyos campos el céfiro más puro
jardinero cultiva no sin arte;
a tus cisnes canoros no sea injuria
que ánsar del Betis cuervo sea del Turia.

Obscuro, pues, la voz como la Pluma,
cantaré el generoso Borja santo,
si de su gloria la pureza suma
no ofenden las tinieblas de mi canto.
Depuso el fausto, parto de la espuma
la púrpura ducal creyendo. ¡Tanto
le indujo horror la más esclarecida
corona en un cadáver definida!

Fomentando este horror un desengaño
que a trompa final suena, solicita
crecer humilde el número al rebaño
del silbo, del cayado jesuita.
¿Del palacio a un redil? Efecto extraño
de impulso tan divino, que acredita
al mayoral y alienta su ganado,
apostólico éste, aquél sagrado.

Religioso tirón, no sólo iguala,
sino excede en virtud al más perfecto,
sucediendo silicios a la gala,
que aun el más venial liman afecto.
El ayuno a su espíritu era un ala,
la oración otra; siempre fiscal recto
de su conciencia, bien que Garza, el santo
las plumas peina orillas de su llanto.

Tempestades previendo, suele esta ave
graznar volando al despuntar del día;
él redimió después tormenta grave,
que antes amaneció su profecía.
Al que a Dios mentalmente hablar sabe,

mucho de lo futuro se le fía:
bajel lo diga de quien fue piloto,
de escollos mil besado y nunca roto.

Pisando pompas, quien del mejor cielo
en su celda la luz bebía más clara,
el sacro honor renuncia del capelo,
glorioso ingreso a la tercer tiara.
Húrtase al mundo, que en tocando el suelo
sierpe se hace aun de Moisés la vara.
Religioso sea, pues, beatificado
quien Duque pudo ser canonizado.